

Volvamos á la gente grave, Esménard, Chênédollé, Baour-Lormian y Millevoye.

Ocho cantos de quinientos versos sobre *la Navegación* han hecho de Esménard (1769-1811) uno de los reyes de la poesía didáctica. Sus contemporáneos dicen que este hermoso asunto le había sido inspirado por la contemplación del Océano. Sin embargo, insinuaban otros que se debía en gran parte al emperador. Napoleón no desdenaba el hacer que los poetas contribuyesen á su designios. Lancival alentaba al ejército de tierra, con su *Héctor*. Esménard glorificaba á los marinos de Francia y exhortaba á las poblaciones á « arrostrar los azares de las amargas olas ». Al día siguiente de Trafalgar, en 1805, no podía darse tema de más actualidad. Hizo representar una ópera, *Trajano*, en que el emperador halló algunas alusiones muy de su gusto. Le recompensó ampliamente. Esménard es perfecto como poeta, pero carece de inspiración. Sus versos son armoniosos, correctos, y con frecuencia de buen cuño, sólo falta en ellos la poesía.

Chênédollé (1769-1833) tenía el alma de un poeta elegíaco y de un amante de la naturaleza. La Nueva Heloísa, que leía siendo muy niño, le había hecho soñador y le había inspirado la afición á los campos. En visperas de la Revolución vagaba errante por su luminosa y risueña Normandía, inundado de felicidad campestre, bañándose en la belleza del cielo y el olor de los prados. « Nada me agrada tanto, dice, como ver una cuadrilla de segadores en un campo; me gusta oír sus alegres charlas. Me regocija el color verde del trigo y el dorado de las mieses. En marzo no hay para mí nada más hermoso, risueño y magnífico que un espléndido campo de trigo que ríe bajo el primer soplo de la primavera. »

Hubiera deseado no abandonar nunca sus queridos campos, y hubiera sido su poeta. Pero la Revolución se apoderó de él y le hizo apartarse de su verdadero camino. Lanzado bruscamente al mundo de las letras y después al de los emigrados, este dulce soñador normando anduvo errante de Hamburgo á Berlin, de Coblenza á Coppet. Halló por su desgracia á Rivarol; este conversador de chispeante ingenio, este despótico amigo le convenció de que faltaba en Francia un gran poema de la naturaleza, y le indicó algunas hermosas ideas. Chênédollé, que se entusiasmaba fácilmente, puso manos á la obra y compuso *El Genio del Hombre*. Á pesar de los elogios de Rivarol, que se aplaudía al aplaudirle, y de Mad. de Stael que exclamaba: « Vuestros versos son elevados como los cedros del Líbano », comprendía su flaqueza y confesaba su error

sin renunciar á él. « Cuando leo á hombres como Goethe, ó como Byron, escribía, me doy cuenta de mi pequeñez é insignificancia. » Esta vasta y fastidiosa obra, que establece la filiación de Chênédollé con los poetas filósofos del siglo anterior, pasó casi inadvertida, y duerme en el polvo. Pero entre las piezas que le inspiró su dulce Normandía, algunas, propias de un verdadero poeta, *la Luz de la Luna el Sepulcro del Labrador*, y *el Último día de las Mieses*, anuncian ya el romanticismo y merecerían verse menos desdenadas.

¿ Hay que dar el nombre de poeta al concienzudo traductor y al versificador monótono que se llamó Baour-Lormian? (1770-1854). No hay género que no haya ensayado. Sus primeras obras son sátiras; después escribió tragedias como *Omasis y Mahomet II*; luego probó sus fuerzas en la Ópera con *Aminta y Alejandro*, sin olvidarse de escribir una epopeya, *la Atlántida*. Pero estos no son sino juguetes, pues su gran empresa, la obra de toda su vida, fué la traducción del Taso que puso en verso, que corrigió y perfeccionó más de cuatro veces. Epopeya, tragedias, sátiras y traducción, todo se ha olvidado, hasta el último verso. Sólo nos queda del pobre poeta el mote extravagante inventado por sus enemigos de « Balourd dormand » (palurdo dormido) y un malicioso epigrama de Lebrun alusivo á los sucesivos arreglos de su *Jerusalén libertada*.

Ci-gít le Tasse de Toulouse

Qui mourut in-quarto et remourut in-douze,

Et qui ressuscité par un effort nouveau

Vient de mourir in-octavo<sup>1</sup>.

También pertenece á Baour-Lormian el siguiente dístico en el que mostró las ventajas de la perifrasis sobre la palabra exacta; puesto que le permitió aplicar galantemente á los románticos un epíteto que, en lenguaje corriente, hubiera carecido de aticismo:

Il semble à les oír grogner sur mon chemin

Qu'ils aient vu de Circé la baguette en ma main<sup>2</sup>.

Nombremos ahora, aunque pertenece al siglo XIX (para agregar el nombre de un poeta estimable á una lista de medianías), á Millevoye (1782-1816) que nació en 1782.

1.

Aquí descansa el Tasso tolosano;  
Muerto en 4.º, en 12.º á morir vuelve,  
Le hace resucitar un nuevo esfuerzo  
Y en 8.º ha encontrado nueva la muerte.

2.

Parece, cuando los oigo  
Salir gruñéndome al paso,  
Que de Circe la varita  
Acaso han visto en mis manos.

A pesar de Lamartine, que le sucedió tan gloriosamente en la elegía, Millevoye tiene aún lectores. Sigue siendo para nosotros el autor de *la Caída de las hojas*, y del *Poeta moribundo*; y estas dos poesías, lo mejor de su obra, hacen que nos le figuremos tal como era en efecto, un poeta dulce y pálido, sin ambición y sin grandes pasiones, cuya melancolía sólo templaron algunas visitas al Caveau y la lectura de L'Atteignant. Su fin prematuro, en plena juventud, contribuye á aumentar la tristeza de su recuerdo. Diríase que escribió como Gilbert en visperas de su muerte, estos versos del *Poeta moribundo*:

Compagnons dispersés de mon triste voyage  
O mes amis, ô vous qui me fûtes si chers!  
De mes chants imparfaits recueillez l'héritage,  
Et sauvez de l'oubli quelques-uns de mes vers!

No es así sin embargo, pues su volumen de elegías data de 1812. Pero, como toda aquella generación de hombres y poetas que entraron en la vida al día siguiente de la Revolución, Millevoye<sup>2</sup> conserva siempre en el alma una vaga melancolía, recuerdo confuso ó presentimiento de algún dolor. Este malestar y esta tristeza que, en medio de una literatura de tísicos y de tisana, nos procuraron el *Poeta moribundo* y *la Caída de las hojas*, debía darnos muy pronto las *Meditaciones* de Lamartine.

Henos ya en Víctor Hugo; despidámonos del siglo XVIII tan escasamente poético que, en vez de lira, se sirvió de una viola ó de una cornamusa de raso adornada con claros lazos; que no conoció sino los madrigales, las pastoras de comedia y de salón, las ovejas que se perfumaban para que saliesen en medio del baile, los despechos nada amorosos, los abandonos faltos de ternura y las penas sin lágrimas que hubieran podido desteñir el rojo de los afeites, los enervamientos sin pasión, las fatigas sin remordimiento, las codicias sin energía, los placeres sin freno, los apetitos y los deseos sin nobleza y sin pudor: siglo el más frívolo el más ficticio y á la vez el más cínicamente material y primitivo, instintivo y refinado. El alma estaba anemiada, como lo demuestra la poesía.

1. De mi triste viaje, compañeros dispersos  
En cuyo trato hallara goces puros y santos  
Recoged como herencia mis pobres, rudos cantos,  
Y salvad del olvido algunos de mis versos.

2. Respecto á Millevoye, Chénédollé, Fontanes, Arnault y otros precursores de la poesía lamartiniana, pueden leerse los interesantes *Etudes sur la littérature contemporaine* de Ed. Scherer. (N. del T.)

### APÍTULO III

#### LA NOVELA

Caracteres de la novela á principios del siglo XVIII. — J.-B. Née de la Rochelle. — Serviez. — Vignacourt. — Séthos. — Dufresny.  
LESAGE. — El hombre. — El dramaturgo. — El novelista.  
El abate Prevost. — Elivaux. — Voltaire. — J.-J. Rousseau. — FLORIAN. — La Sta. de Lussan. — De la Morlière. — Dorvigny. — Fromaget. — Cazotte. — Restif de la Bretonne. — Choderlos de Laclos. — Plancher Valcour. — Varios. — Gorjy. BERNARDIN DE SAINT-PIERRE. — El sentimiento de la Naturaleza. — BERQUIN. — Javier de Maistre.

Hemos visto de qué modo la coincidencia de la novela preciosa, metafísica y galante, con la burlesca, dió por resultado la aparición de un género nuevo que se distinguía por el cuidado más imperioso de la verosimilitud, de la verdad y del realismo. Esta exactitud se vió llevada á la práctica por algunas novelas pseudohistóricas y por ciertas obras de observación, como *los Caracteres* de La Bruyère, *el Diabolo cojuelo*, *las Cartas Siamesas* y *las Cartas Persas* en que, bajo el anónimo de un extranjero, que se halla de paso en París, el escritor mira, observa y anota. Á partir de aquel momento la novela, para gustar al público, tuvo que conformarse con la nueva corriente y presentar caracteres de un hecho real; lo fantástico y lo imaginario desagradaron. Exigiéronse relatos posibles ó llenos de vida. Tal es la nota dominante de toda la literatura novelesca de aquella época. ¡*Fabulam impendere vero!* Las generaciones preparan la venida de Juan Jacobo.

Volvamos á tomar á los novelistas en el punto en que los dejamos, á fines del siglo XVIII, después de Hamilton. Ya he citado algunos: La Sra. Gomez, la Sra. Murat, Margarita de Lussan, la Srta. Durand, la condesa de Aulnoy, la Srta. de La Force, la Sra. Petit-Dunoyer, la Srta. Lhéritier, la Srta. de La Rocheguilhen, la Sra. de Xaintonge, d'Ortigue de Vaumorière, de Mailly, de Lesconvel, Gatien Courtilz de Sandras, abuelo literario de Alejandro Dumas padre; Vignacourt, Serviez, Née de La Rochelle, Beaudot de Juilly, Vancel y Le Noble.

Escojamos uno en esta larga serie de nombres. Cuando J.-B. Née de La Rochele escribió en 1714, bajo la forma de cuento, las aventuras del mariscal de Boucicaut, sus amores con la Sta. de Beaufort, los celos de la reina Isabeau, que le consagró un amor no correspondido, el asesi-